Diario del Hogar

FUNDADO POR FILOMENO MATA EN 1881

Año XXIV — México, Jueves, Febrero 9 de 1905 — Núm 125

Registrado como artículo de segunda clase, en 15 de Diciembre de 1883.

Unicos agentes para contratar anuncios ingleses, franceses y belgas para este periódicos los señores Mayence y Comp. de París representados en México á los señores J. Labadie Buss y Comp.

Toda correspondencia debe dirigirse á Filomeno Mata.—México, Betlemitas 8.—Apartado 47 bis.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Subscripción al mes. . . .	$ 0 75
Números atrasados. . . .	0 10
Número del día.	0 06

EN LOS ESTADOS

Por trimestre	$ 3 00
„ semestre.	5 50
„ año.	10 00

Los pagos deben ser precisamente adelantados, pudiendo remitirse el valor en giro postal ó en timbres de correos.

DIARIO DEL HOGAR

FEBRERO 9 DE 1905.

Alrededor del mundo

AVENTURAS DE DOS MUJERES EN SUD-AFRICA

(CONTINUA)

«Me supongo que sabrá usted la clase de país en el que habita,» continuó el bandido, «y que tendrá usted á la mano armas de fuego y algún gran perro guardián que la defienda contra un asalto.»

«Sí» le contesté, sin vacilar, aún cuando interiormente me preguntaba adonde iría á parar con sus interrogaciones y si debería yo ó nó seguirle mintiendo.

Más, mi única idea era separarme del vagabundo á la mayor brevedad, cortando la conversación del modo que menos le ofendiera.

Si mi impertinente interlocutor me creyó ó nó, difícil me es decirlo, pero cuando le dije que estaba esperando de un momento á otro reunirme con mi *fiancée* (¡Allí, bajo el Majubal) y que debería yo marchar adelante, volvió la cabeza con aire desconfiado y después siguió su camino de bastante mala gana, no sin antes dirigirme una mirada que envolvía todo un mundo de perversión y amenazas.

Cuando lo ví que se iba perdiendo en el camino á Charlestown, respiré con fuerza y me congratulé de haber escapado á tan poca costa de un inminente peligro.

Sin embargo, al regresar yo misma más tarde por el propio camino y en dirección á mi casa, comprendí cuan grave era todavía mi situación pues lo más probable era que el bandido fuese á Charlestown y no le sería difícil averiguar si efectivamente tenía yo los elementos de defensa de que le había hablado.

Recordé en aquellos momentos, las muchas prevenciones y advertencias que mis amigos me habían dado y que quizá lo hecho por mí en desoírlas, me atraería algún peligro que aún no sospechaba.

Por fin, llegué á casa, teniendo una larga conversación con mi fiel Ninnette. Esta no abrigaba las mismas ideas de temor que me acosaban. Nadie nos molestará ni se ocupará de nosotros,» me dijo.

Se rió con profundo desdén de mis infundados temores, y debo confesarlo, casi consiguió hacer que á mí misma se me disipara el miedo.

Esa noche y las subsiguientes, pusimos una instalación completa de barricadas en las puertas del «Cuartel de las Hermanas.» Cajas, el vos, cerraduras, trancas, cuanto encontramos á la mano aún me parecía poca defensa contra un asalto.

La primera noche, no pude conciliar el sueño, escuchando y extremeciéndome al menor ruido.

Pero como nada aconteciera, gradualmente fuí perdiendo el miedo olvidando mi encuentro con el foragido y adquiriendo confianza, al grado de que noches después dormía con tanta tranquilidad como si estuviera albergada en mi Chalet de la calle de Piccadilly en Londres.

***

Erase la noche de año nuevo. Ninnette y yo nos habíamos recojido temprano, más que de costumbre. Yo, en mi *catedral* como le llamaba al gran cuarto de enmedio, y Ninnette en el cuartito siguiente.

Desde muchos días atrás no tropezábamos con alma viviente, en los alrededores y nos proponíamos emprender una gira muy temprano á la mañana siguiente, hasta la verdadera cumbre del Majuba.

Debe haber sido la una de la madrugada, cuando Ninnette, despertó sobresaltada é incorporándose sobre su lecho, quedóse asombrada al escucharme conversar con alguien.

¿Quién podría á esta hora y en tal sitio estar platicando conmigo? se preguntaba aterrorizada la pobre muchacha.

La voz de un hombre me dirigía varias preguntas y yo para colmar el horror de Ninnette, la contestaba durmiendo!

Sin embargo, pronto comprendió de lo que se trataba. Conocía la particularidad en mí, fenómeno muy común en muchas gentes, de contestar á todas las preguntas que durante el sueño se me hicieran.

«¿Cuántas personas habéis dentro de la casa?» preguntó una voz por afuera.

«Dos solamente,» contesté yo durmiendo.

«Hombres ó mujeres,» repitió la voz.

«Mujeres,» afirmé yo. «Una señora y su doncella.»

«¿Hay Kaffires ú hombres de cualquier clase?»

«No, ninguno.»

«¿Estáis armadas?»

En este momento desperté dando un grito de espanto.

Quizás la última pregunta enteramente igual á la que me había hecho el bandido de la montaña Majuba me hizo volver á la realidad y comprender que no era juguete de un sueño.

Como quisra que sea, desperté y comprendí lo que durante mi sueño había hecho.

Me senté sobre la cama y en voz tan baja que podía pasar por un suspiro, llamé «Ninnette.»

Escuché atentamente y percibí que ésta venía ya hacia mí con pausados movimientos para no producir ruido y procurando apagar aún su respiración.

También pude escuchar el cuchicheo de varias voces varoniles que discutían en voz baja afuera de la casa y frente á la puerta de mi cuarto.

Levanté las manos fuera de la cama y encontré el cuerpo de Ninette que fría y temblando se acercaba á mí.

Ninguna de las dos proferimos una palabra por algún tiempo.

Ninette, finalmente se sentó sobre el borde de mi catre y temblaba con tanta violencia que se zimbraba el piso de la pieza. por un momento temí que estas sacudidas fueran á producir algún ruido que nos denunciara.

Volvióse á oír la voz de afuera, que nuevamente y con irritada voz, dijo:

«Abrid la puerta, quien quiera que estéis adentro.»

Puse una mano sobre la boca de Ninnette, temiendo que fuese á contestar, impulsada por el terror.

Unimos nuestros cuerpos más aún de lo que ya estaban, siendo la obscuridad tan completa, que no me era posible apreciar ni el menor rasgo de su cara.

(Continuará.)

La tierra del fuego

Conferencia de M. Paul Valle

Nuestro excelente amigo y colaborador, M. Paul Valle, explorador, secretario de la Sociedad de Geografía Comercial de París, dió, el 7 de Enero, bajo los auspicios de la Asociación Politécnica de Cholay-le Roi, una conferencia muy interesante sobre la Tierra del Fuego.

Después de una alocución muy aplaudida de M. Gérard, el simpático y activo presidente de la Asoción Politécnica, M. Paul Valle tomó la palabra.

El orador habló al principio en términos encomiásticos del viaje del Dr. Nordens Kjold, y del de el Dr. Charcot, que «se dirige actualmente hacia el polo, con el objeto de enriquecer la carta del Globo con algunos nuevos descubrimientos y, de espigar para él y para la Francia una nueva cosecha de gloria.»

Después de haber rendido este homenaje á los atrevidos exploradores de las regiones antárticas, M, Paul Valle dijo algunas palabras acerca de Punta Arenas y de la Patagonia. Presentó en seguida á las poblaciones indígenas que están llamadas, dijo, á desaparecer de aquellas regiones en un tiempo relativamente poco distante,

«La Patagonia, dijo el orador, tiene una longitud de cerca de 1,300 kilómetros por una anchura de 300, á partir del Rio Negro, hasta el estrecho de Magallanes, y al Este y al Oeste los dos Oceanos. La Patagonia no es más que la continuación de las Pampas, de las cuales una parte tiene grande analogía con la Tierra del fuego, y es un error creer que no se encuentran allí más que guijarros. Esto puede ser verdad hacia el Norte, pero más al Sur, sus llanuras están cubiertas de bosques frondosos y de yerbas espesas, habitadas por el avestruz, la zorra, etc.

«El indio patagón habita en tiendas formadas de pieles de guanacos y de caballos, sostenidas por armazones de ramas que transporta, según las necesidades del momento, ya el frío ó las cacerías al guanaco ó al avestruz, que le proporciona el alimento, el vestido, y su comercio. El patagón es por el general valiente, generoso y afable en sus relaciones con los blancos. En Punta Arenas, cambia las pieles de guanacos por diversas mercancías y licores, en especial el aguardiente, por el cual tienen un gusto muy pronunciado. Los colonos, á su vez, negocian ventajosamente estas pieles con los viajeros y pasajeros de los navíos que atraviesan el Estrecho.

«Como hoy, la parte de la Patagonia más próxima al Estrecho comienza á ser ocupada por cierto número de haciendas, los indios de los alrededores comienzan á comprender la ventaja de fijar su residencia y de construir una habitación un poco más sólida.

«El traje del patagón está hecho de pieles de guanacos y se reduce á una manta formada de varias pieles cosidas juntas, con la cual se cubren de la cabeza á los piés. Estos están calzados con botas de piel de caballo.

«Las mujeres patagonas están vestidas con una especie de túnica que cae de la garganta hasta las piernas.

«Como todos los indios, á partir del Chaco, los indios patagones y los Onas de la Tierra del Fuego, se atan los cabellos en la frente con una correa, á fin de que no les caigan sobre los ojos.

«El patagón no tiene la tradición de ningún culto: no presenta ofrendas á lo desconocido, ni implora el favor de un ser superior, como sucede entre las tribus salvajes. Casi siempre se ha creido que el patagón era de una talla superior á la del resto de la humanidad. No hay nada de esto. El patagón es rechoncho, de talla generalmente más que mediana, y es probablemente una de las razas más altas de América. No se le puede negar que no esté bien conformado, porque su talla varía de 1m78 á 1m80 y 90.

«Se ha creido también que el nombre de patagón venía del tamaño de sus piés, que no son sin embargo más que proporcionados á su talla. La forma de su traje contribuye quizá á hacerlos aparecer más altos de lo que son realmente.

«Su buena conformación puede también atribuirse á su género de vida, que pasan siempre en la caza. Se alimentan especialmente con carne de guanacos, de caballos, de avestruces y de ciervos. Su gusto gastronómico no varía mucho.

«Tres razas de indígenas habitan el archipiélago de la Tierra del Fuego.»

M. Paul Valle habló algún tiempo sobre este interesante asunto, y después hizo, con claridad y precisión, la descripción detallada de los recursos de la Tierra del Fuego.

El orador fué extraordinariamente aplaudido varias veces por el numeroso y selecto público que asistió á la conferencia.

Muchas proyecciones con la luz oxhídrica fueron perfectamente ejecutadas por M. Bemelmans.

La sesión terminó después de algunas palabras de M. Gérard, arrancadas, digámoslo así, por los bravos del auditorio.

(Traducido expresamente para *El Diario del Hogar* de *Les Annales Diplomatiques et Consulaires*.)

MUSA EXTRANJERA

A un pájaro

Avecilla gentil: ¿Cantas ó lloras?
ó conmuevo mi pecho sin motivo
esa música dulce que percibo
del viento entre las ráfagas sonoras?

—

En la escondida selva donde moras
ensayando tu vuelo fugitivo,
¿nada te dice el pájaro cautivo
que en triste soledad cuenta las horas?

—

Si de tu suerte mísera te quejas
cuando todo es perfume, luz y encanto,
para el invierno y el dolor ¿qué dejas?

—

¡No me parezco á tí! Su obscuro manto
me ciñe la vejez: mordo las rejas
de mi estrecha prisión á y alegre canto.

MANUEL DEL PALACIO.

Ten piedad de mí

(POR JORGE ISAACS)

Señor! si en tus miradas encendiste
ese fuego mortal que me devora;
si en su boca fragante y seductora
sonrisa de tus ángeles pusiste;

—

Si de tez de aceituna la vestiste
y negros bucles; si su voz canora,
de los sueños de mi alma arrulladora,
ni á las palomas de la selva diste;

—

Perdona el gran dolor de mi agonía
y déjame buscar también olvido
en las tinieblas de la tumba fría.

—

Olvidarla en la tierra no he podido,
¿Cómo esperar podré si ya no es mía?
¿Cómo vivir, Señor, si la he perdido?

—

—Quien no adelanta cae.—*D. Juan de Austria.*

—*Pan y luces* debiera ser el pensamiento, y el sólo pensamiento de todos los legisladores y gobiernos que se hallen penetrados de tendencias del siglo: *pan* que ponga las masas á cubierto de la indigencia y la inmoralidad: *luces*, que multipliquen al infinito los medios de adquirirlo.—*Olabarría.*

ELLA

Cual de casta azucena la pureza,
Cual de rósa la gracia que enamora,
Ella tiene; y su mágica belleza
Le convierte en mi musa inspiradora.

—

Es para mí un cético tesoro
Por quien dejara de mi lira rotas
Las tristes cuerdas que en profundo lloro
Al viento exhalan moribundas notas.

A. DEL ROMERAL.

Trabaja

Joven; trabaja, sin cesar trabaja:
la frente honrada que en sudor se moja;
jamás ante otra frente se encorva,
ni se rinde servil á quien la ultraja.

Tarde la nieve de los años cuaja
sobre quien lejos la indolencia arroja;
su cuerpo al robla, por lo fuerte enoja;
su alma orgullosa al holgazan no baja.

El pan que dá el trabajo es más sabroso
que la escondida miel que con empeño
liba la avija en el rosal frondoso.

Si comes ese pan, serás tu dueño;
más si del ócio ruedas al abismo,
todo serlo podrás, menos tú mismo.

CALIXTO POMPA,
(Peruano).

Campanula

I.

Canta el bosque, canta el río,
canta el mar y el ruiseñor:
Por qué no dejas bien mío
que yo le cante á tu amor?

II.

El mar le canta á los cielos
y el cielo adora en el mar:
has de cantar mis anhelos
y tú me podrías amar?

III.

El azul de tus pupilas
es un lago encantador;
donde se vé de continuo
el paisaje del amor.

IV.

Y si las flores se alegran
al primer beso del sol;
por qué tus labios no besan
las flores de mi dolor?

BARTOLITO.

Soledad del alma

Nunca, oh Señor, como en la edad presente
de su grandeza material ufana,
el desamparo y soledad que siente
ha sentido tal vez la raza humana.

Ni un símbolo ante el cual caer de hinojos,
ni un sostén para el alma dolorida,
ni una creencia á qué volver los ojos,
ni un ideal por el que dar la vida.

Aislados por un sórdido egoísmo,
los hombres en cenáculos diversos,
cual piedras que desmaja el cataclismo
y pulveriza en átomos dispersos.

Sin una religión ni una doctrina,
en las que comulgar por un instante,
de humana fé y autoridad divina,
la desolada negación triunfante.

Esta generación cuya alma hiela,
Señor, el desaliento solitario,
muerto pendiente de la cruz se vela,
cual tu madre en la noche del calvario.

Y traspasada de dolor siniestro,
al rezar su oración de cada día,
temerosa balbuce: "Padre nuestro . . . . .
¿Estarás en los cielos todavía?"

EMILIO FERRARI.

Costumbres polares

En el Congreso de geografía que se ha verificado estos días en Copenhage, M. Kund Ramussen, ha dado cuenta de la misión «literaria y filosófica» que ha llevado á cabo recientemente en el Norte de Groenlandia. Encargado de analizar las concepciones morales y religiosas de los esquimales paganos que habitan el cabo York, ha hecho constar entre esos vecinos del polo, un materialismo tan completo, que destruye en ellos todo Embrión de idea. La caza y la mesa son las dos grandes ocupaciones del esquimal. Lo demás no existe para él. Cuando aparenta meditar y se le pregunta en qué piensa: «No pensamos nunca, responde, más que en nuestra alimentación; desde el momento en que tenemos carne no pensamos ya en nada.» Lo que un esquimal puede engullir es inverosímil. Como M. Ramussen, invitado á un banquete, rehusase comer de un plato, pretextando que había comido: "Tú hablas como un perro, le objetó su huésped. El perro sacia alguna vez; pero el hombre puede comer siempre." Los esquimales manifiestan ante la enfermedad y la muerte—que ellos llaman el mal destino—el mismo espanto y la misma admiración que debieron experimentar los hombres primitivos ante el primer fallecimiento. Se apresuran á enterrar lo más pronto posible al difunto, después de haberlo revestido con sus trajes y sus instrumentos de caza, porque piensan, como los egipcios, que el alma sobrevive al cuerpo y tiene necesidad, como él, de subsistencias. Aquel que proceda á una inhumación es tenido por impuro. Se teme su contacto. Durante cinco días, debe huir de su casa, de su familia, vivir al aire libre, abstenerse de todo trabajo, y sobre todo, de preparar algún alimento. Se evita, durante el mismo tiempo, el camino que ha seguido el convoy fúnebre. El sexto día, todo el mundo se lava y cambia de vestidos: el peligro ha pasado.

(*Le Courrier de Mexique*).

NOTAS DE ARTE.

«Nunca,» comedia dramática en cuatro actos, original de D. Francisco Acebal

La primera producción escénica del Sr. Acebal fué acogida anoche con cariñosas muestras de consideración y simpatía. Los dos primeros actos, que desahogadamente pudieran contenerse en uno solo, se escucharon con atenta curiosidad; el tercero, más vibrante, termina con una situación dramática que arrancó muchos aplausos y le valió al autor los honores del proscenio, y el acto cuarto y último, que no viene á ser sino un breve epílogo, remató dignamente la obra, sencilla y artísticamente condensada en el desenlace.

El éxito total y definitivo fué, en resumen, de muy preciada estimación literaria para el Sr. Acebal, espíritu refinado y culto, escritor de talento, que en el género narrativo y novelesco disfruta ya de un nombre envidiable en el mundo de las letras.

A la sombra de un conflicto sentimental, encierra «Nunca» una protesta de rebeldía contra los llamados convencionalismos sancionados por la moral, por la religión y por la ley.

Claudio ama en silencio á Manolita, muchacha dotada de perfecciones físicas y morales, buena, guapa, lista, sencilla y discreta.... Un gran partido. Claudio, á su vez, es otro dechado de cualidades excelentes. Su rectitud, su laboriosidad, su hombría de bien, sólo son comparables á su abnegación. Porque Claudio, viendo que su hermano José Ramón y Manolita sienten una inclinación mutua, no vacila en sacrificarse y guardar su secreto—sólo confesado á sus padres.

José Ramón y Manolita se casan y tienen una niña. La niña está gravemente enferma, y mientras Claudio vela solícito por la enfermita y es compañía y consuelo de la afligida y desolada madre, José Ramón abandona el hogar para irse no sabemos claramente dónde, aunque sospechamos que á sus diversiones y placeres. Cuando, al fin, vuelve José Ramón, la niña está expirando, y se suscita entre los dos hermanos una violenta escena de recriminaciones y reproches. Manolita sale llamando angustiada á Claudio, y José Ramón exclama despechado:—Te llama á tí—¿A quién habías de llamar?—replica Claudio, con lo que en este momento supremo se inicia la afinidad y la confluencia de dos almas gemelas—las de Claudio y Manolita—y la disgregación de otras dos almas sin íntima compenetración, yuxtapuestas—las de Manolita y José Ramón.

Claudio en el epílogo, renunciando á la abstracción, recobra los fueros de la amorosa pasión que le devora, y ella y él se rinden el espíritu y se rendiría acaso la.... materia, á no ser por la repentina llegada del padre de él, que recobra asimismo los fueros consagrados de la fé jurada y del honor de la familia.

—¡Siempre!—prorrumpe Manolita—confirmando la indisolubilidad de aquellos nuevos lazos.

—¡Nunca!—replica tristemente Claudio, ahogando al marcharse la pasajera protesta de su rebeldía.

Y los dos títulos—*¡Siempre! ó ¡Nunca!*—convendrían igualmente al pensamiento fundamental de la obra.

Si—en función propia del escalpelo—despojamos esta comedia de sus galas y atavíos, nos encontraremos, llegando á lo hondo, que es más lo nuevo de la vestimenta que la novedad misma.

Vino añejo en odres recientes, y el vino de este caso de lo que se llamaba antiguamente á la romántica «los séres no comprendidos,» está en «Almas solitarias,» en «Realidad,» para no citar más que obras maestras.

En esta se ha «encuadrado» la idea en un ambiente preparado con excesiva prolijidad, pálido y difuso durante los dos primeros actos, y se ha planteado y seguido el conflicto pasional con algunas inseguridades de vigor y relieve, inherentes á la acción; deficiencias, en cuanto á la técnica se refiere, sobre otras secundarias, que no debe extremar el rigor con un autor novel y que compensan los aciertos de esta comedia, que es una producción muy estimable y una promesa muy halagüeña.

Borrás y Balaguer sobresalieron en la interpretación, siendo ambos muy aplaudidos en el tercer acto y llamados á escena con el autor.

Las Sras. Roca y Caro, y los Sres. Vico, Mora y Liri completaron el reparto. La Srita. Pérez de Vargas, meritoria, lució en una corta aparición su linda y elegante figura.

JOSÉ DE LASERNA.
(De *El Imparcial* de Madrid.)